

LA HISTORIA DE LA CULTURA CRISTIANA SEGÚN CHRISTOPHER DAWSON

MARI CARMEN SÁNCHEZ URIARTE¹

El libro que aquí se comenta, *Historia de la cultura cristiana*, está compuesto por una serie de escritos del inglés Christopher Dawson, publicados originalmente en inglés como capítulos de sus obras: *The Making of Europe*, *Medieval Essays*, *Religion and the Rise of Western Culture* y *Progress and Religion*, aparecidos entre 1929 y 1953. Estos capítulos fueron seleccionados, traducidos y ordenados en secuencia histórica por Heberto Verduzco Hernández y ofrecen un análisis de larga duración de la vida sociocultural de la cristiandad. Para aquellos que están interesados en entender el papel de la religión en la cultura occidental y en las raíces cristianas de la historia europea ésta es una obra indispensable.

Christopher Dawson (1889–1970) historiador y sociólogo por Winchester y Oxford, provenía del anglicanismo aunque se convirtió a la fe católica en 1914. El interés de su vasta obra gira en torno a la cultura cristiana y su significado y su originalidad radica en considerar que las causas de los procesos históricos son las fuerzas espirituales. Dawson piensa que la religión es la fuerza dinámica y creadora que genera la cultura, por lo tanto, toda civilización se apoya en aquellos elementos que representan mejor sus ideales y que dan forma a su

¹ Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

cultura. Sus escritos y reflexiones revelan una profunda conexión entre la fe religiosa y el logro cultural y social, ya que la primera da al hombre el sentido de trascendencia que influye y transforma lo segundo.

Caminemos más sobre el concepto que de cultura tiene nuestro autor, concepto que surge del estudio que hace de los fenómenos históricos que son de su interés y que —al mismo tiempo— sostiene el análisis de los procesos que estudia. La cultura es una realidad histórica conformada por los siguientes elementos: el humano, el medio ambiente, el económico o medio de subsistencia y el pensamiento, mismo que opera por medio del lenguaje. De la interacción de estos cuatro elementos surge la cultura como forma organizada de la vida social que se inspira en una visión particular del mundo y que se expresa en un conjunto de normas de pensamiento y de conducta aceptadas por el grupo humano al que corresponde. Este patrimonio común a todos los miembros de la comunidad es el que le da cohesión, unidad, identidad y continuidad.

Para Dawson, la organización y dirección de la cultura se da según ciertos principios superiores y trascendentes, es decir, “según *la ley o leyes superiores de vida*”² que “están *por encima* de la sociedad y la cultura y que el hombre conoce a través de la experiencia religiosa”.³ Existe una relación de vital y activa dependencia de la cultura y de la sociedad con respecto a la religión, misma que desempeña un papel determinante en la conformación cultural y su desarrollo histórico. La religión es la que conforma, dirige, transforma y da sentido a la cultura.

Esta transformación se puede dar por cambios en las condiciones materiales de la comunidad o por la difusión de algún sistema ideológico o religioso que altere su vida. De este modo, la religión es elemento creativo y de cambio, pero es también factor de conservación y estabilidad. Esta trascendencia temporal y espacial de una cultura se debe al peso de las tradiciones que son los verdaderos agentes históricos.

La principal característica de cualquier civilización cristiana es que es resultado de la mezcla de varias tradiciones culturales, es decir, una comunidad que ha sido penetrada por el cristianismo, se ha apropiado de él y lo ha plasmado y proyectado a todas sus formas de vida. La cultura medieval occidental —centro de interés de *Historia de la cultura cristiana*— es la síntesis de diversas tradiciones: el cristianismo como fe y actividad de la Iglesia; el legado grecolatino transmitido por la propia Iglesia; la asimilación por los pueblos germánicos de

² Christopher Dawson, *Historia de la cultura cristiana*. México, FCE, 2006, p. 16.

³ *Idem*.

las tradiciones arriba mencionadas; las formas culturales de dichos pueblos y la interacción dinámica y creativa de los europeos con el cristianismo. Este nuevo sincretismo va a crear instituciones sociales y políticas basadas en la fe cristiana y ésta se volverá fuente de unidad para la comunidad europea. Los siglos XII y XIII van a presenciar la culminación de este proceso con nuevas creaciones que, con el tiempo, vendrán a ser tradiciones culturales.

Esta síntesis siempre llevó dentro una tensión entre la tradición de las sociedades bárbaras europeas y la cultura religiosa del Imperio cristiano de Occidente. Dicha tensión es el punto de partida de la asimilación cultural, pero también el origen de los conflictos que marcaron el desarrollo histórico de la civilización occidental.⁴ El siglo XII será testigo de la formación de estos conflictos de origen religioso y político que pendieron siempre sobre la unidad, presagio de la profunda crisis del siglo XVI.

La lectura de *Historia de la cultura cristiana* deja una sensación de pequeñez al lector, primero por la intimidante erudición de su autor y luego por el tiempo y espacio de los que se ocupa. Nuestro erudito va señalando cómo, en el larguísimo periodo que analiza, se gesta una nueva cultura que va a hacer posible los logros de la Europa moderna. Plantea cómo el cristianismo transformó aquellas culturas a las que llegó y cómo, de igual manera, se apropió de ideas, prácticas e instituciones de esas culturas bajo su visión del mundo. Considera que el factor constitutivo del desarrollo de la civilización occidental fue la Iglesia —primero la primitiva y luego la medieval— como reducto y agente de la fe cristiana y sus preceptos. De este modo, la tradición espiritual cristiana es la raíz de la cultura occidental y, al mismo tiempo, es lo que le da cohesión y significado. La Edad Media europea es, como aplicación de fe a la vida y de religión a las instituciones, el tiempo y lugar de creación de esa cultura.

El proceso histórico de la civilización occidental tiene, para Dawson, tres fases primordiales. La primera es la formativa desde el surgimiento de la nueva religión a partir del judaísmo, su entrada al mundo romano y su conversión en este espacio por medio de la tradición latina y algunas tradiciones orientales. La segunda es el desarrollo de la fe cristiana como cultura superior dentro del mundo europeo, desde la caída del Imperio romano hasta la formación de la Iglesia y de la teología medievales. Y la tercera es la culminación de esta síntesis cultural que se expresa en nuevas formas de vida como las órdenes religiosas, el municipio, el gremio y la universidad y en formas teológicas, filosóficas, literarias y científicas, todas ellas se integran como plena realización de la Edad Media. Esta última fase incluye la crisis religiosa medieval.

⁴ *Ibid.*, p. 26.

De acuerdo con Dawson, los elementos más trascendentes que el cristianismo tomó de la religión judía fueron la tradición apocalíptica, la monoteísta y la creencia de la supremacía del designio divino en la historia. Para la fe cristiana la Encarnación compenetra la historia divina con la humana, coloca al hombre en el centro del proceso histórico y le confiere su carácter universal. Al contacto con la cultura helénica, el cristianismo adquiere un tono humanista situando al hombre en el centro del universo. El helenismo acogido por la religión cristiana se expresa en la figura de san Pablo.

Roma —formando con el helenismo una unidad cultural— inició en Europa occidental un proceso de transformación que tuvo como base la urbanización, la tradición cívica y el derecho. Así, el mundo europeo recibió los fundamentos esenciales para el posterior desarrollo de su cultura, además de heredar un ideal de unidad. El medioevo se esforzará años por llevar a cabo este ideal.

La expansión del cristianismo por el Imperio romano se debió a la inquietud espiritual y a la necesidad de una nueva visión religiosa de la vida que amenazó los cimientos mismos del Imperio. Este cristianismo primitivo y su ideal de martirio aseguraron el triunfo de la Iglesia que nunca se plegó al poder político. Esta Iglesia llegó a ser base del orden social, político y moral y centro de unidad, sobreviviendo a la persecución imperial y a la herejía. Su reconocimiento oficial por parte de Constantino fue la condición determinante para el desarrollo de un nuevo orden y el reemplazo de la antigua organización civil del Imperio romano tardío. Así, el obispo se convirtió en la figura central de las ciudades y la organización eclesiástica se configuró sobre la imperial y se latinizó. La transformación de Europa fue labor de la Iglesia y del cristianismo.

La base del pensamiento occidental fue y es aún la tradición clásica que Roma pasó a la Iglesia cristiana —como dice Dawson— guardada en el arca del latín. Esta forma latina del helenismo se convirtió en el fundamento de la cultura occidental y en una de sus principales energías creadoras que culminó con la síntesis que dio lugar a la teología cristiana. San Agustín sienta las bases del nuevo pensamiento cristiano, crea la fuente de la ética occidental, patrimonio espiritual de la Iglesia medieval, y construye el “puente que había de conducir del antiguo al Nuevo Mundo”.⁵ Esta época de tránsito tuvo un importante carácter religioso y espiritual, fue la era de los Padres de la Iglesia y de los grandes concilios, fue cuando la Iglesia cristiana se convirtió en la alternativa para la vida comunal en las ciudades. La *ecclesia* cristiana fue el centro vital de la futura sociedad y en ella los obispos conservaron la tradición cívica. La con-

⁵ *Ibid.*, p. 139.

tinuidad se debió a que la cultura patristica conservó la antigua para el mundo medieval.

Con todo este equipaje a costas, el cristianismo y su Iglesia emprenden el camino hacia el resto de Europa y establecen un puente de transformación entre la civilización que representan y las culturas europeas. Desarrollan un proceso sincrético y de resignificación que culminará con la creación de la cultura occidental, misma que se proyectará y promocionará al mundo entero de manera casi implacable a partir del siglo XVI.

A raíz de las invasiones germánicas, el logro del cristianismo fue preservar su patrimonio espiritual y cultural en Europa y convertirlo en elemento constitutivo de la nueva civilización. La Iglesia medieval logró esta preservación gracias a su organización jurídica e institucional y al monasticismo —basado en la tradición ascética de Oriente y que recibió vía Bizancio— que fue la institución social que, convertida en el principal centro de vida, construyó la nueva era y cimentó las bases de la cultura medieval bajo la unidad eclesiástica. Este movimiento monástico —iniciado por los benedictinos— fue también heredero y guardián de la tradición clásica que verá su resurgimiento en la edad carolingia. Entre los siglos XI y XII, esta reconstrucción europea generó la conciencia de pertenecer a la comunidad cristiana, lo que fue el gran sostén de la época medieval.

El establecimiento de los monasterios siguió el orden territorial tribal de los pueblos bárbaros, lo cual imprimió a la sociedad su carácter rural y feudal y generó una relación de dependencia entre el poder espiritual y el temporal. El Imperio carolingio —de tendencia universalista— representa la fusión de estos dos poderes contribuyendo a fortalecer los elementos cristianos y latinos de la cultura occidental al integrarlos con los germánicos. La Iglesia medieval ejerció muchas funciones de competencia política y, al mismo tiempo, el Estado se erigió como el órgano temporal designado por Dios para defender al pueblo cristiano. Por lo tanto, la sociedad medieval tuvo un doble aspecto: un ideal de unidad expresado por la Iglesia y una tradición nacionalista presente en los reinos feudales.

La tensa relación entre el Imperio carolingio y la Iglesia fue solucionada en su momento por Gregorio VII quien dio a la Iglesia la reafirmación de su poder bajo la guía del Papado. La Iglesia medieval se enfrentó a las pretensiones teocráticas del Estado basándose en el derecho romano —que derivó en el canónico— que, además, le dio un poder que sobrepasó al del Imperio y al de cualquier otro reino. Su superioridad moral y liderazgo sobre la sociedad cristiana avalaron su poder temporal y reafirmaron su influencia por medio de la actividad evangelizadora. Por otro lado, el siglo XII presenta una renovación espiritual, intelectual y social que alejó al cristianismo de una piedad abstracta

y le imprimió su vocación de servicio. Esta fusión entre la fe y la vida generaron un humanismo que pesa hasta hoy en el pensamiento europeo y cuyo máximo exponente y creador fue san Francisco.

La Iglesia, triunfante ya sobre el paganismo europeo, dirige la vida medieval. Santo Tomás representa este triunfo con su síntesis teológica y filosófica entre el aristotelismo, el conocimiento árabe y la religión cristiana, en su pensamiento la fe y la razón se complementan. Esta gran síntesis intelectual, que culmina en el siglo XIII, es para Dawson la afirmación de los derechos de la razón humana y la fundamentación de la ciencia europea.

La cumbre del desarrollo de la tradición religiosa medieval y el nacimiento de una nueva conciencia se expresan en el misticismo de san Bernardo, la experiencia religiosa activa de san Francisco y el escolasticismo de santo Tomás. Estas actitudes implicaron para el hombre europeo el desarrollo de una expresión cultural y religiosa enteramente cristiana y tendiente a la unidad. El siglo XIII es, dice Dawson, una época de logros religiosos y culturales impresionantes.

Las grandes expresiones medievales de aplicación del cristianismo a la vida culminan con la ciudad y en la ciudad. En el siglo XII, el mundo medieval se volvió urbano y se creó el ambiente para la total cristianización de la vida social. La ciudad fue modelo de la sociedad cristiana y debió su existencia y protección a la Iglesia; sus agentes característicos fueron la clase mercante, el resurgimiento económico y las oportunidades de libertad personal. El desarrollo del entorno citadino se debió a las asociaciones voluntarias, es decir, a los gremios que tuvieron fines sociales y caritativos y que intervinieron en las necesidades de la comunidad creando nuevos órganos de gobierno que prepararon el camino para el municipio “que fue una de las más grandes creaciones de la Edad Media”.⁶ El municipio tuvo una estructura política que afirmó su independencia de la autoridad eclesiástica —sin ser anticlerical— y representó una renovación cultural.

Los gremios y municipios de las ciudades cambiaron las actividades religiosas y seculares al desarrollar la vida comunal y el hombre al hacer efectiva su condición de ciudadano. Fue en la ciudad donde se concretó el ideal cultural de la Edad Media: una unidad social con un centro eclesiástico —la catedral—, la religión como propósito espiritual colectivo y la organización comunitaria de la vida como principio de libertad.

El desarrollo de los centros urbanos implicó cambios en la vida intelectual y educativa, pues las universidades y un nuevo tipo de religioso —el fraile— sur-

⁶ *Ibid.*, p. 258.

gen dentro de ellos adquiriendo una responsabilidad espiritual e intelectual con la comunidad. Las universidades fueron fuentes de estudio para el derecho canónico y la teología, contribuyeron a la transformación de la educación y sus intelectuales influyeron decisivamente en la cultura occidental. Sus logros tienen su base en la escolástica que significó el renacimiento de la búsqueda intelectual y científica. Además, se dio el rescate de la ciencia griega, lo cual marcó “el principio del liderazgo intelectual de Occidente”.⁷ Para Dawson, éste es un logro de la Baja Edad Media y no del Renacimiento. El impacto del descubrimiento del saber griego fue poner sobre la mesa el problema de las relaciones entre religión y ciencia, entre razón y fe. La insistencia en la razón y en la libertad del hombre señalan un nuevo comienzo para el pensamiento medieval y marcan el desarrollo del pensamiento posterior. Así, el siglo XIII se desarrolló un humanismo filosófico, gracias a santo Tomás, que definió la filosofía occidental y un idealismo científico, expresado en Roger Bacon, que marcó un nuevo ideal para la ciencia.

Por otra parte, la literatura religiosa de la Edad Media se formó a partir de la tradición literaria clásica y de la tradición patrística. La literatura latino-carolingia, junto a la tradición de la épica germánica, desarrolló la literatura vernácula medieval, misma que creó un ideal religioso: el heroísmo cristiano. De los cantares de gesta y de la tradición cortesana y caballeresca se generan otras formas de vida social y otros ideales de conducta moral basados en los preceptos espirituales del cristianismo.

El dinamismo intrínseco y siempre presente de la cultura medieval la hizo llevar una agitada vida espiritual marcada por movimientos de reforma religiosa. Estos movimientos —cluniacense primero y luego cisterciense— fueron elementos creativos de la cultura medieval y factores de unidad. Al mismo tiempo, la autoridad papal derivó en un sistema de gobierno y de exacciones que llevaron al abuso y a una tendencia secularizante; el movimiento reformador se opuso a ello. Este sentimiento de crisis y de renovación espiritual recorrió el siglo XII y se manifestó en corrientes heréticas y sectarias activas entre las clases urbanas. La aparición de los frailes menores debe ubicarse en este contexto ya que fueron el órgano de evangelización para las clases urbanas.

De esta forma, la segunda mitad del siglo XIII es la culminación de la cultura medieval y de sus instituciones sociales, políticas y culturales, pero también es un momento de crisis. Por tres siglos el movimiento de la Edad Media tendió a la unidad y la síntesis cultural, pero entonces se inició el movimiento contrario

⁷ *Ibid.*, p. 301.

que llevó a la escisión de la cristiandad. Esa unidad se debió a la organización eclesiástica sobre un conjunto de principados y corporaciones con cierta soberanía, pero no llegó a formar un ser homogéneo en todas sus partes. Esta diversidad tomó cauce en el despertar de las culturas nacionales que se expresaron en el Renacimiento y en la Reforma. Entonces, la unidad medieval se fracturó en lo religioso y lo cultural y en la organización eclesiástica y política. El movimiento del sur europeo tendió al despertar nacional buscando ser heredero directo de una cultura superior y el movimiento del norte transformó el ideal religioso de acuerdo a su carácter nacional. Estas corrientes paralelas tendieron a la secularización de todos los aspectos de la vida y, por tanto, el principio de unidad se perdió. El siglo XVI es testigo de la emancipación de los pueblos de la tutela eclesiástica y del nacimiento del nacionalismo y de la cultura secular.

A pesar del secularismo, la sociedad europea en su conjunto y su mentalidad continuaron dominadas por los ideales religiosos y la civilización occidental extendió su ideal de unidad a la cultura literaria y al conocimiento científico. La participación y construcción internacional en el nuevo saber generó una unidad intelectual. La creencia en el progreso del hombre tomó el sitio de la fe cristiana como fin último, pero en realidad no se abstrayeron los elementos religiosos del pensamiento occidental. La fe en el progreso se convirtió en el ideal racional para la prosperidad material y social pero también moral lo cual, para Dawson, conlleva una intención cristiana.

La hazaña europea, es decir, la conquista y transformación del mundo se explica, no sólo por su agresividad natural y codicia, sino por el ideal religioso que impulsó al hombre durante el proceso de conformación de su civilización. La cultura medieval fue la matriz donde se gestó la civilización occidental y la fuente original de sus fuerzas dinámicas. Para nuestro autor, lo que distingue a esta civilización de otras es su carácter misionero, es decir, "su transmisión de un pueblo a otro en una secuencia continua de movimientos espirituales"⁸ y a su capacidad de recomenzar constantemente bajo la influencia religiosa. Esta cultura fue un proceso de continua sucesión y alternancia de movimientos espirituales, de cambios sociales y culturales que generaron instituciones e ideas que a su vez produjeron nuevos cambios. El dualismo entre la tradición guerrera y la tradición cristiana también fue causa esencial del dinamismo propio de la cultura medieval y no solamente el factor de ruptura de la cristiandad.

En conclusión, Europa es el resultado de un largo proceso espiritual e histórico basado en el cristianismo. La cultura medieval debe su existencia política

⁸ *Ibid.*, p. 395.

al Imperio romano, su unidad espiritual a la Iglesia, su cultura intelectual a la tradición clásica y su flexibilidad y vitalidad al carácter de los pueblos europeos. La religión cristiana actuó como fenómeno totalizante que unió lo diverso, le dio significación y proyectó sus acciones hacia un ideal cultural. Para nuestro autor, todo desarrollo histórico resulta inexplicable cuando es mirado desde un punto de vista puramente secular o cuando se ve desde la perspectiva nacionalista o regionalista.

La obra aquí comentada va más allá del mero interés en la Edad Media, se comprende dentro de un estudio global y profundo de la civilización occidental, pues el patrimonio cultural de ésta es continuidad de la tradición cultural medieval. También refleja la constante preocupación del autor por esa unidad histórica que es Europa y que en su época, primera mitad del siglo XX, y a sus ojos se encontraba amenazada por factores disolventes de la cultura como el secularismo, la fragmentación y algunas ideologías que olvidaron los componentes de su pasado y los elementos de cohesión y significación de su cultura. La fe de Christopher Dawson en el hombre occidental y en su futuro estuvo puesta en la renovación espiritual y en el reconocimiento del factor religioso como principio integral de continuidad y de conservación.